

Un colegio mayor

*Animal de records, lent i trist animal,
ja no vius, sols recordes. Ja no vius, sols recordes
haver viscut alguna volta en alguna banda.*

*Vicent Andrés Estellés
De 'Llibre de meravelles'*

David Hilbert, el matemático más importante de ese momento, en su intervención en el congreso mundial de Matemáticas de 1900, celebrado en París, después de enunciar lo que para él eran los problemas por resolver más importantes del siglo entrante, pronunció su célebre frase: *'Wir müssen wissen, wir werden wissen'* (Debemos saber, sabremos), que aún hoy figura en su tumba en Gotinga.

Aquella seguridad de que las matemáticas iban a dar todas las soluciones, de que eran completas, de que nada quedaría sin demostrar, se rompió muy pronto. Kurt Gödel, en 1931, dejó claro que siempre quedaría algo sin resolver, probó que en matemáticas hay cosas que no sabremos con certitud nunca. Dicho en términos más serios, hay teoremas que nunca demostraremos. Turing remató que ni siquiera podremos saber cuáles de esos teoremas no demostrados son demostrables y cuáles no.

Hilbert: la certeza. Gödel y Turing la incertidumbre, la vida misma. Yo también hablaré aquí de mis certezas, absolutas, y de mis incertidumbres, y de cómo dejé las primeras y llegué a las otras.

Era octubre de 1967, yo tenía 17 años. Había aprobado el acceso a la universidad (el PREU) y comenzaba mis estudios en la Facultad de Ciencias de Valencia. Llegaba con la pasión del neófito, creyendo a pies juntillas, sin tener ni idea de quién era Hilbert, que las matemáticas me lo iban a enseñar todo; además entonces se llamaban 'Ciencias exactas'. Hasta muchos años después no conocí a Gödel, y aún más tarde, a Turing. Abandoné, tarde, mis certezas, ¡daban tanta seguridad a alguien tan inseguro como yo!

En mis años de militancia –de 1968 a 1976- también pasé, con cierta lentitud, lo reconozco, de la seguridad, del sectarismo absoluto, a la incertidumbre, a esa madurez que te da el no estar seguro de nada, ni siquiera de lo que tú mismo crees. Y en eso dos queridos amigos de los que hablaré ahora me iluminaron el camino.

Ese curso 67-68 viví en un colegio mayor, el Pio XII, dirigido por lo que entonces se llamaban curas obreros, curas en el mundillo de la JOC (juventudes obreras católicas) y de la editorial ZYX que publicaba libros baratos de economía, sociología, política....

Para mí, que nunca había salido de Castellón más allá de visitas familiares a mis abuelos en Barcelona o viajes de estudios con el Instituto, aquello era todo nuevo: la facultad con las enormes aulas en forma de anfiteatro, el colegio mayor, tan viejo en la parte de las habitaciones y, sobre todo, los compañeros que vivían también en el colegio. Eran un mundo muy variado, desde señoritos del interior de Valencia con mucho dinero, hasta hijos de obreros o campesinos que estudiábamos con becas; desde valenciano-parlantes hasta gente proveniente de Murcia o Albacete; desde carcas insoportables hasta gente muy progresista e interesada en todo lo nuevo; pasando por los que andaban en el círculo de los católicos de base, curas obreros, ZYX.

Yo no era muy abierto y era bastante tímido, como ahora. Se me debía notar porque recuerdo que nunca fui invitado a ningún guateque de aquellos que montaban los estudiantes de medicina con las estudiantes de enfermería. Sin embargo si asistí a tertulias sobre la situación política, la dictadura, el marxismo, venta de libros de ZYX, etc. Me debieron ver maneras.

Era un mundo nuevo que me atraía y al que temía a la vez, Así que me acerqué al sector más inquieto socialmente hablando, políticamente hablando. No sé si por miedo a los guateques, creo que no.

Y allí los encontré, a ellos, eran un pequeño grupo. Con algunos milité después, otros se decantaron por otras opciones. A casi todos los perdí de vista al marcharme de Valencia en 1973. Solo dos amigos, los dos camaradas a los que me he referido antes, conservan conmigo una estrecha amistad que ha durado todos estos años a pesar del excesivo tamaño de los lados del triángulo en que vivimos: Valencia-Barcelona-Donostia.

Uno, Andreu, era el mayor y llevaba ya un año en el colegio. Estudiaba Ingeniería agrónoma y era, sin duda, como ha seguido siendo siempre, el líder del grupo, el que nos marcó el camino hacia el PCE(m-l) entre las muchas opciones que había en aquel momento en la Universidad y el que ha sido un ejemplo de honestidad que he podido seguir durante tantos años. Procedía del mundo católico y evolucionó rápido desde la venta de libros de ZYX en aquella *'paraeta'* de la plaza Redonda de Valencia hasta el marxismo-leninismo, lo que como a tantos, le llevó a la clandestinidad primero y a la cárcel después.

Era alto, delgado, con un verbo fluido y una gran capacidad dialéctica. Tenía ya novia, allá en su pueblo, al norte de Lleida, en la zona en la que, al igual que nosotros, se habla el catalán occidental.

El otro, Enric, era de mi edad. Unos meses menos. Por eso había llegado a Valencia a la vez que yo. Estudiaba económicas en aquella facultad que todavía estaba en el centro de Valencia, en la calle *'la Nau'* que canta Raimon, en aquel claustro presidido por la estatua de Luis Vives donde un día nos encerramos un montón de estudiantes –los tres incluidos- y tuvimos que salir entre dos filas de *'grises'* que nos atizaron bien con las porras. Procedía del campo cercano a Sagunto y para mí siempre fue, y es, el prototipo del campesino valenciano: sagaz, inteligente, observador, lúcido, pegado a la tierra que tanto le enseñó.

Era rubio, delgado, con ojos claros, y también tenía una novia en su pueblo. Estoy seguro de que su trabajo militante allí contribuyó mucho a la combatividad que el campesinado de la comarca demostró entonces y a lo largo de muchos años después.

Y, finalmente, estaba yo. Era alto, muy delgado, un poco solo al principio en aquel colegio, pero lo suficientemente observador como para aprender a bandearme bien allí. Procedía de Castellón, de una familia obrera. Era el único de los tres que no tenía hermanos. Y tampoco novia, también a eso llegué más tarde que ellos.

Como se ve éramos un trío curioso: En las inquietudes sociales Andreu era el maestro y nosotros los alumnos; en la vida, el amor, etc. ellos eran los maestros y yo el discípulo, en el sectarismo yo era el maestro, sin duda.

A lo largo de los cincuenta años largos que hemos compartido la amistad, la camaradería, el amor en realidad, ellos pasaron de Hilbert a Gödel siempre antes que yo, dejaron de creer en aquel partido y en aquella lucha armada siempre antes que yo, con lo que me hicieron un inmenso favor porque el cariño por ellos siempre me dijo que tenían razón, aunque la cabeza se resistiera.

Enric fue el primero, era mi amigo del alma, mi hermano de militancia. Muy pronto, alrededor de 1970, fue detenido, pasó unos meses en la cárcel y después pasó a la clandestinidad, siguió militando entre el sur de Alicante y Murcia. Algún tiempo después abandonó el partido por discrepancias con el tipo de trabajo que había que hacer, movilizar al pueblo, según él, o poner bombas según la dirección del PCE(m-l). Fue el primero que comprendió que aquello no iba a ningún sitio, que la verdad no estaba en Hilbert. Y se fue de forma elegante, como solo él era capaz de hacerlo, entregando al Partido la organización que dirigía sin más discusiones.

Marchó a París y allí nos encontramos en 1975 cuando yo salí de la cárcel. Él era un apestado para el Partido, un traidor, con el que estaba prohibido contactar. Yo era el abnegado y obediente militante que hubiera preferido quedarse en casa pero, ante la situación que se encontró a la salida de la cárcel, seguía militando. Era obediente salvo en una cosa: mi amigo Enric. Nos seguimos viendo a menudo a pesar de la prohibición, comimos juntos muchas veces, fue para mí el aire fresco que necesitaba para soportar aquel año de exilio.

Luego dejamos París, volvimos a casa, y pasó mucho tiempo sin que recuperáramos el contacto. El reencuentro en Valencia, con Andreu incluido, fue magnífico. Enric había seguido su vida de campesino valenciano, dirigía un grupo ecologista y, contra viento y marea, estaban haciendo trabajos magníficos: el marjal de Almardà, la recuperación de las dunas en Almenara, etc. Una vez más nos enseñó algo: que aun hoy es posible hacer política sin políticos, hacer política para la tierra, que es hacer política para la gente, para el pueblo, según nuestra vieja terminología.

Con Andreu la relación se ha mantenido durante todos estos años a pesar de la distancia. Él también dejó la militancia antes que yo, antes incluso de salir de la cárcel. Desde Valencia había pasado a la clandestinidad en Andalucía, allí fue detenido y pasó dos años

largos de cárcel. Al salir volvió a Barcelona y se dedicó al periodismo en donde ha llegado a ser un referente importante.

Hablamos mucho, en el periodo en que coincidimos en Carabanchel. Y no dejamos de hablar a lo largo de nuestra vida, digamos que hemos sido mutuamente confidentes. Hablamos en Barcelona, en Peñíscola con hijos incluidos, en Bruselas en aquella magnífica casa de la Place Sainte Catherine, en Donostia, mucho por teléfono. Andreu, a pesar de ser un personaje conocido y reconocido en el mundo del periodismo y de la economía pedagógica, nunca dejó de ser un hombre modesto y lúcido, pegado también a la realidad de cada día.

Por completar la historia diré que yo también tuve que huir de Valencia en 1973 porque la guardia civil me estaba buscando. Pasé a la clandestinidad en Madrid, fui detenido, estuve dos años en la cárcel y uno en el exilio en París. Abandoné el Partido en el verano del 76 tras una terrible bronca, de nuevo a cuenta de la lucha armada y de los muertos que el FRAP había causado.

Me dediqué a lo que me gustaba: enseñar matemáticas en distintos institutos y participar en proyectos innovadores en el campo de las matemáticas y la informática.

A partir de nuestra vuelta a la 'vida civil' seguimos trayectorias parecidas: terminamos los truncados estudios (económicas, derecho, matemáticas) y trabajamos poniendo en el empeño la misma fuerza que habíamos puesto para hacer la revolución. Cada uno en lo nuestro fuimos unos buenos profesionales, porque siempre hemos mantenido en todos estos años la lucidez y la inteligencia de saber de dónde venimos y de saber que cada uno en su campo debe esforzarse por ser el mejor, no de un modo competitivo, sino con la modestia de los sabios. Ese trabajo bien hecho es nuestra contribución al futuro y a nuestra sociedad.

Y cuando nos encontramos, en Valencia, en Donostia, en Barcelona, seguimos siendo esencialmente aquellos jóvenes que un día se conocieron en un colegio mayor de curas. ¡La vida nos ha enseñado tanto!. Hemos tenido nuestra dosis de sufrimiento, pero somos fundamentalmente los mismos, seguimos hablando de la vida, del futuro, de nosotros y -no me resisto a no ponerlo- de mujeres.

Podemos hablar de todo, incluso de cosas en que no estamos de acuerdo, incluso de cosas, que las hay, en que estamos profundamente en desacuerdo, porque nos respetamos profundamente. Porque nos queremos como el primer día en aquel 1967.

Nota final per Enric i Andreu:

Passats més de 50 anys, tots reconstruïm la nostra història. Jo he escrit aquest relat basant-me en els pocs records nítids que em queden de llavors i 'omplint' la resta. Així que: perdó si alguna cosa no s'ajusta a la realitat. I: s'admeten matisacions.

Nota final per Andreu:

Sóc conscient que aquest text beu molt d'un altre teu, més íntim (quant a la seva difusió), però ¡quin remei!, he de seguir aprenent del mestre. Com sempre.

P. Orensa